

# El pasado renovado, única garantía de modernidad (\*)

---

POR GUILLERMO JAIM ECHEVERRY (\*\*)

El título de estas líneas proviene de *La Campaña*, novela en la que Carlos Fuentes recrea las instancias fundacionales de Sudamérica y que en uno de sus párrafos dice: “¿Entenderían los patriotas suramericanos que sin ese (su) pasado nunca serían lo que anhelaban ser: paradigmas de la modernidad? La novedad en sí es ya una anacronía: corre hacia su vejez y su muerte irremediables. El pasado renovado es la única garantía de modernidad” (1). Esa frase, evocada precisamente a propósito de la Reforma Universitaria por Francisco Delich (2), resume admirablemente dos de los rasgos distinti-

---

(\*) Este artículo es una transcripción. **Se mantuvo el formato original.** Ha sido publicado en: AA.VV. (2008). *1918-2008. La Reforma Universitaria. Su legado. Compilación de la Fundación 5 de octubre 1954*. Buenos Aires: Librería - Editorial Histórica. Emilio J. Perrot (pp. 83-112).

(\*\*) Guillermo Jaim Etcheberry (1942). Científico y académico, se dedicó de forma exclusiva a la docencia y a la investigación en neurobiología. Fue becario de iniciación y de perfeccionamiento del CONICET, decano de la Facultad de Medicina de la UBA (1986-1990), miembro extranjero honorario y único latinoamericano de la academia estadounidense para las Artes y Ciencias, miembro de número de la Academia Nacional de Educación y de la Academia Argentina de Artes y Ciencias de la Comunicación.

En 2002 fue nombrado rector de la Universidad de Buenos Aires con el apoyo de una concertación que comprendía una amplia franja política, su plataforma retomaba los principios de la Reforma Universitaria de 1918, centrándose en la defensa de la gratuidad y universalidad de la educación superior, entendiéndola siempre desde una perspectiva social: “Las universidades siguen siendo instituciones significativas porque responden a dos de las más profundas necesidades humanas: el deseo de comprender y el de explicar a los otros lo que se ha logrado conocer”. Paralelamente a su destacadísima actividad científica nunca dejó de interesarse por el análisis de la significación social de la educación, como tampoco de la problemática universitaria. Luego de ejercer el rectorado asumió, en 2006, la dirección de la Fundación Carolina, dependiente del rey de España.

(1) Fuentes, Carlos. *La campaña*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1990.

(2) Delich, F. “Las asignaturas pendientes de la Reforma Universitaria” en *La invención de la universidad*, t. III. Córdoba: Editorial Universitaria de Córdoba, 1992.

vos de lo humano: la ineludible necesidad de reconocerse como herederos y el imperativo de renovar esa herencia recibida para construir el futuro.

Esta es la idea que nos impulsa a buscar en los principios del movimiento reformista –que, aunque generado en el pasado, “mantiene alerta una conciencia civil, institucional, ética en el sentido más generoso del término” (3)– el estímulo para acometer la ardua tarea de su renovación y así mantener su vigencia. Ya lo señaló hace más de tres décadas el rector de la Universidad de Buenos Aires, Risieri Frondizi, cuando dijo: “Cabe llenar hoy de contenido el grito juvenil de indignación y poner la reforma al día” (4). Cada generación, haciendo “ejercicio responsable de la imaginación” (5), debe mantener vigentes, no ya las formas rituales, sino los principios de la reforma y, con base en ellos, preparar a la institución universitaria para enfrentar los desafíos que le plantean los complejos tiempos que vive.

Uno de los más importantes gestores de la Reforma Universitaria de 1918, Deodoro Roca, señaló que esa gesta utópica actuó “como levadura de procesos más vastos” (6). En 1936, con la perspectiva del tiempo transcurrido, dijo: “Fue un camino provinciano que ‘iba’ a dar un maestro. Buscando un maestro ilusorio se dio con un mundo. Eso ‘es’ la reforma: enlace vital de lo universitario con lo político, camino y peripecia dramática de la juventud continental, que conducen a un nuevo orden social” (7).

Ese aliento de epopeya y esa dimensión esencial de fermento de transformaciones impulsaron el ingreso a la historia de la Reforma Universitaria de 1918. En un estudio reciente acerca de su discurso ideológico, Hugo Cancino señala que ésta “se gestó y desarrolló en la matriz de un amplio movimiento social de modernización/democratización que expresó un

---

(3) *Ibidem*.

(4) Frondizi, Risieri. *La universidad en un mundo de tensiones. Misión de las universidades en América Latina*, 2ª ed. Buenos Aires: Eudeba, 2005.

(5) 5 Cerutti, Guldberg, H. “Ser, deber ser, poder ser (Carta abierta a Carlos Fuentes)”, en *Presagio y tópica del descubrimiento (Ensayos de Utopía IV)*. México: Ediciones Eón - UNAM, 2006.

(6) Roca, D. “Respuesta a la encuesta a los 18 años de la reforma”, en *Flecha*, N° 14, 15 de junio de 1936.

(7) *Ibidem*.

amplio espectro de grupos sociales en ascenso (8). Se interroga Julio V. González, otro de los actores de las jornadas de 1918:

*¿Cómo se explica que la nueva generación, que recibía la cultura y la ideología forjada por la precedente y plasmada en los métodos de las viejas universidades, surgiese con una sensibilidad nueva, con una ideología propia y repudiase la que se pretendía inculcar? Fue debido a la presión enorme de las circunstancias externas, porque la guerra, la revolución rusa y el radicalismo, produjeron la crisis de todos los principios éticos y sociales y el fracaso de las clases dirigente (9).*

Prosigue:

*En definitiva, y por la concurrencia de diversos factores, la nueva generación nació enarbolando la reforma universitaria, y ambas eran impulsadas a la vida por una fuerza recóndita de renovación social, que brotaba del fondo mismo de la colectividad (10).*

Es decir, que los propios actores advirtieron rápidamente que su movimiento estaba en sintonía con las transformaciones profundas que se producían en la sociedad argentina durante las primeras décadas del siglo XX. Esa vocación de integración social es claramente expresada en una declaración periodística que Julio Iribarne, otro destacado reformista, realiza en 1921. Dijo entonces: “Pienso que ha pasado ya el tiempo en que la universidad podía quedar como hasta ahora, cristalizada en una función única, ajena a la solución de todos los problemas que constituyen la vida misma de la colectividad, especie de quiste exótico dentro del pueblo que trabaja y se agita” (11).

Anticipándose en medio siglo a las conmociones sociales causadas por las revueltas estudiantiles de 1968, la Reforma Universitaria produjo mo-

---

(8) Cancino, H. “El movimiento de Reforma Universitaria en Córdoba, argentina, 1918. Para una relectura de su discurso ideológico”, en *Sociedad y Discurso*, N° 6, 2004. También disponible online en [http://www.discurso.Aau.dk/cancino\\_nov04.pdf](http://www.discurso.Aau.dk/cancino_nov04.pdf)

(9) González, J. V. Conferencia pronunciada en el Ateneo del centro de Estudiantes de Derecho de Buenos Aires, 1923.

(10) *Ibidem*.

(11) *Ibidem*.

dificaciones sustantivas en la estructura de las universidades argentinas y americanas. Según Cancino: “El movimiento estudiantil exigió un cambio radical en los contenidos y métodos de enseñanza. Ello implicaba la aceptación del pluralismo filosófico, del ejercicio de la crítica, de la experimentación científica y de la autonomía de la universidad de la influencia eclesial, como puntos centrales del ingreso de la universidad a la modernidad. Junto con ello, los estudiantes impugnaban las estructuras autoritarias de poder y postulaban la participación estudiantil en el gobierno de la universidad (12).

Estos planteos se advierten con claridad en el *Manifiesto Liminar* de la Reforma Universitaria emitido por la Federación Universitaria de Córdoba el 21 de junio de 1918. En ese texto –ya mítico y redactado casi en su totalidad por Deodoro Roca– se denuncia la existencia de un poder autoritario que genera un modelo de universidad incompatible con la democracia y la modernidad (13). También se advierten el intento de legitimar la revolución junto con la instalación de la juventud como sujeto histórico y la voluntad de construir un poder democrático y, sobre todo, fundar una nueva hegemonía ética y espiritual.

Los estudiantes señalan que “la universidad, se ha atrincherado en un saber canonizado rechazando los desafíos de la modernidad, excluyendo a las ciencias de su territorio, e impidiendo el acceso al profesorado a los intelectuales y hombres de ciencia que representan el espíritu de los nuevos tiempos”. Junto con esta idea de modernización y el propósito fundacional de la nueva generación, se afirma el claro sentimiento de una identidad latinoamericana que habría de encontrar rápido eco en los países vecinos.

No resulta posible aquí reseñar las múltiples dimensiones de un proceso de la riqueza y complejidad de la Reforma Universitaria que ha sido objeto de numerosos estudios en centros académicos de la Argentina y de todo el mundo debido al carácter universal que adquirió el movimiento. En un estudio reciente, Pablo Buchbinder analiza la reforma en el contexto de la historia de las universidades argentinas, comentando logros y fracasos de

---

(12) Cancino, H., *op. cit.*, 2004.

(13) Ciria, A. y Horacio Sanguinetti. *La Reforma Universitaria (1918-2006)*, Universidad Nacional del Litoral, 2006. Si bien existen varias ediciones de esta obra, se ha optado por citar la más reciente.

las propuestas que entonces formularon los promotores del movimiento y que influyeron en el quehacer universitario, si bien con largos períodos de ocaso que acompañaron las convulsiones políticas que atravesó el país (14). En ese medular estudio, su autor realiza una acabada descripción del movimiento reformista –a cuya completa bibliografía se remite al lector– al que concibe esencialmente como un proceso de renovación en las elites dirigentes que se estaba produciendo contemporáneamente en la sociedad argentina y que se manifestaba en la ciencia, la política y la cultura en general.

El propósito de estas breves líneas es el de considerar solo algunos aspectos de la situación actual de la universidad argentina a la luz de los postulados de la reforma. Lógicamente, están basadas en los conceptos expuestos en las múltiples oportunidades en las que escribí sobre estos temas o me referí públicamente a ellos durante el período en el que ejercí el rectorado de la Universidad de Buenos Aires entre 2002 y 2006. La diversidad de nuestras universidades nacionales –que de tres en tiempos de la reforma han pasado a ser casi medio centenar– así como la lógica emergencia de nuevos problemas generados por un contexto social, político y económico en veloz mutación, hacen que solo puedan encararse algunas pocas cuestiones, si bien centrales para la vida universitaria.

### **Principios y realizaciones de la reforma**

La mayor parte de los principios que forman parte del ideario reformista se encuentran expuestos en los *Proyectos de Ley Universitaria y Bases Estatutarias* elaborados en el transcurso del Primer Congreso Nacional de Estudiantes Universitarios. Convocado por la Federación Universitaria Argentina, fundada el 11 de abril de 1918, ese Congreso se celebró en Córdoba del 20 al 31 de julio de ese año (15) en esencia, esos principios están relacionados con: 1) la coparticipación de los estudiantes en el gobierno universitario; 2) la vinculación institucional de los graduados; 3) la asistencia libre a clases; 4) el ejercicio del profesorado libre; 5) la periodicidad en la cátedra; 6) el carácter público de actos y sesiones de los órganos de gobierno; 7) la extensión de la universidad fuera de su recinto, es decir, la difusión de la

---

(14) Buchbinder, P. *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires: Sudamericana, 2005.

(15) Ciria, A. y H. Sanguinetti, *op. cit.*, 2006.

cultura universitaria; 8) la asistencia social a los estudiantes; 9) el respeto a la autonomía universitaria y 10) la apertura de la universidad al pueblo (16).

Algunas de las reivindicaciones que se adjudican a la reforma datan, en realidad, de períodos posteriores. Como lo señala Buchbinder, “el principio de la plena gratuidad de los estudios superiores fue discutido en el Congreso pero no llegó a ser aprobado como un postulado central del programa estudiantil”. Los aranceles universitarios fueron suprimidos recién en 1950. El mismo autor encuentra en la estrecha vinculación de los estudiantes reformistas con las corporaciones profesionales, la posible explicación de su negativa a suprimir los exámenes de ingreso a las universidades, posición que esos estudiantes mantuvieron en numerosas ocasiones (17). Eliminados en 1953, esos exámenes se reimplantaron al restaurarse en la universidad los principios reformistas después de 1955, comienzo de uno de los períodos más brillantes de la universidad argentina que se clausuró en 1966 con la tristemente célebre “Noche de los Bastones Largos”.

Como es lógico, la universidad no quedó al margen de la azarosa historia del país y esos principios de la reforma, incorporados a nuestras universidades durante algunos períodos, aunque con diversas modalidades, están hoy plenamente vigentes en ellas desde hace poco más de dos décadas.

La democratización del gobierno universitario, uno de los objetivos centrales de la reforma, ha quedado consagrada en los instrumentos legales mediante los que se rigen las universidades nacionales. Sin embargo, son crecientes los cuestionamientos a la representatividad de los órganos de gobierno y de las autoridades surgidas de ellos, especialmente debido a la relevancia que han adquirido otros actores de la comunidad universitaria. La extrema partidización de la vida universitaria ha constituido una de las consecuencias no deseadas de la nueva organización. Un caracterizado profesor de origen reformista, el físico Enrique Gaviola, ya había señalado en 1931 que la universidad se estaba construyendo sobre prácticas más adecuadas a la vida del comité que a la de la academia. Decía: “El profesor con voto comprometido, deja de ser una persona de alto criterio académico y pasa a la categoría de afiliado y servidor de una camarilla electoralis-

---

(16) Chevalier, F. *América Latina. De la Independencia a nuestros días*, Barcelona: Labor, 1979.

(17) Buchbinder, P., *op. cit.*, 2005.

ta (18). En la década de 1940, Osvaldo Loudet, quien había presidido el Primer Congreso Nacional de Estudiantes en 1918, señalaba que “la reforma tenía ideales que han sido corrompidos por la política” (19).

Los concursos públicos para la selección de los docentes constituyen el mecanismo generalmente adoptado para la incorporación de los profesores. Pero una creciente burocratización del sistema y, en no pocos casos, expresos intereses políticos de los grupos dominantes destinados a mantener un núcleo reducido de profesores para así conservar el poder hacen que el trámite de muchos concursos se demore indefinidamente. Esto genera la designación discrecional de docentes interinos, privados del pleno ejercicio de la ciudadanía universitaria.

La participación de los graduados, que estaba inicialmente destinada a incorporar a los órganos de gobierno de la universidad la voz de los profesionales que actúan en el medio social, ha ido degradándose con el correr de los años. La necesidad de inscribirse en registros especiales para participar en las elecciones del claustro, unida al desinterés que demuestran muchos graduados en hacerlo, ha ido enrareciendo la naturaleza de esa representación. En no pocos casos, ha quedado restringida a aquellos graduados que desarrollan actividad en partidos políticos o, sobre todo, que representan intereses de grupos e inclusive personales en relación con las actividades destinadas a producir recursos que hoy llevan a cabo las universidades.

El *Manifiesto Liminar* de la reforma afirma que “La juventud vive siempre en trance de heroísmo. Es desinteresada, es pura. No ha tenido tiempo aun de contaminarse. No se equivoca nunca en la elección de sus propios maestros. Ante los jóvenes no se hace mérito adulando o comprando”. La historia reciente muestra que esta visión romántica que los jóvenes estudiantes tenían de sí mismos, no siempre se ha compadecido con la realidad. Si bien la participación estudiantil en el gobierno universitario surgió como un instrumento imprescindible para garantizar las transformaciones en la universidad, no siempre cumplió con ese objetivo. En ese sentido, las generaciones mayores hemos demostrado en las últimas décadas

---

(18) *Ibidem*.

(19) *Ibidem*.

una inusitada eficiencia docente en contaminar a los jóvenes con nuestros intereses de grupo y mezquindades personales en muy escaso tiempo y no hemos dudado en hacer méritos adulando o comprando sus voluntades. Se ha ido reduciendo así la posibilidad de contar con un genuino impulso de renovación en una institución que tiende, por su propia naturaleza, a resistirse a ella. Debido al ejemplo que les hemos brindado, las almas de los jóvenes han ido dejando de “ser movidas por fuerzas espirituales” como sostenían en su *Manifiesto Liminar* los jóvenes de 1918.

Una de las contribuciones más trascendentes del movimiento reformista fue el interés puesto en la articulación de las relaciones de la universidad con la sociedad mediante la promoción activa de la extensión universitaria. Originalmente estas actividades estuvieron destinadas a difundir las manifestaciones culturales y científicas generadas en las universidades con la finalidad de contribuir a conformar una conciencia de la nacionalidad. Muchos proyectos exitosos fueron liderados por los propios estudiantes. Si bien en algunos casos logró conservar sus propósitos originarios, la extensión fue degradándose con el tiempo hasta convertirse, no pocas veces, en una oferta de actividades con escasa vinculación con la cultura universitaria y cuyo único objetivo pasó a ser el de reunir fondos para las arcas vacías de la institución cuando no para la de los organizadores de esas pretendidas “manifestaciones culturales”.

Y así podría analizarse en detalle el devenir histórico de cada una de las conquistas que resultaron de la Reforma Universitaria y que explican esa necesidad de renovación a la que alude el título ya que, en no pocos casos, se han reproducido muchas de las distorsiones denunciadas en 1918. He elegido centrar este análisis, obligándose breve y superficial, en unos pocos problemas que, relacionados con las reivindicaciones de entonces, continúan representando desafíos esenciales para nuestras universidades, sobre todo, en su relación con la sociedad en la que actúan y que las sostiene.

### **Profesionalismo y generalismo: la universidad científica**

“La crítica a la orientación netamente profesionalista, las deficiencias en materia pedagógica y la necesidad de fortalecer la investigación científica, aparecían ya entre los postulados de los reformistas al igual que la necesi-



dad de implementar una activa política de extensión universitaria”, señala Buchbinder (20).

En uno de sus párrafos, el *Manifiesto Liminar* afirma: “Los métodos docentes estaban viciados de un estrecho dogmatismo, contribuyendo a mantener a la universidad apartada de la ciencia y de las disciplinas modernas. Las lecciones, encerradas en la repetición interminable de viejos textos, amparaban el espíritu de rutina y de sumisión”. Dura crítica al atraso científico que caracterizaba a la universidad junto con un claro propósito de modernización, de adecuación a los tiempos. Esa crítica al utilitarismo se encuentra presente en muchos de los documentos y posiciones de la época, como acertadamente lo hace notar Buchbinder quien sostiene que “la transformación de la universidad en un centro de investigación científica a la par de ámbito de formación profesional, constituyó un principio que aglutinó al grueso de la dirigencia reformista y que se vinculaba plenamente con las orientaciones anti profesionalistas” (21).

Son numerosas las evidencias que demuestran que esta misma cuestión ya preocupaba a los reformistas de 1918. En su estudio citado, dice Cancino:

*La “Generación del 18” asumió la realización de un proyecto de cambio democrático radical en la institución universitaria y una articulación de ésta con la sociedad civil. Ello implicaba para la universidad asumir nuevos roles, que superaran la función tradicional de las universidades de formar profesionales y extender títulos académicos* (22).

Julio V. González destaca que:

*En nuestro país, la universidad no ha sido hasta hoy sino una fábrica de profesionales, una oficina burocrática de expedición de títulos habilitantes para el ejercicio de las profesiones liberales... Nunca ha realizado una función científica o de cultura* (23).

---

(20) Buchbinder, P., *op. cit.*, 2005.

(21) *Ibidem*.

(22) Cancino, H., *op. cit.*, 2004.

(23) González, J. V. *Principios y fundamentos de la Reforma Universitaria*, Santa Fe: s/d. 1930.

Precisamente, para poner énfasis en esa función, algunos destacados reformistas propusieron la separación del título académico de la habilitación profesional –el propio Julio V. González a comienzos de la década de 1940 elaboró un proyecto de ley en tal sentido– pero esa iniciativa siempre encontró una férrea oposición en las corporaciones profesionales.

Los intelectuales que orientaban ideológicamente a la Generación del 18 compartían una clara idea acerca del papel social y cultural que correspondía a la universidad. Lo expresa José Ingenieros:

*La misión de la universidad consiste en fijar principios, direcciones, ideales, que permitan organizar la cultura superior al servicio de la sociedad*(24).

Por su parte, Alejandro Korn advertía que

*La universidad ha perdido entre nosotros la dirección de la vida intelectual, la cátedra se halla rezagada con relación al medio ambiente [...] pero la renovación de las ideas directrices, el arraigo de las nuevas tendencias sociales, estéticas o filosóficas, la controversia entre posiciones opuestas, toda la brega espiritual, se verifica fuera de las aulas*(25).

En la concepción reformista, la universidad debía estar inserta en la sociedad y en las culturas nacionales, constituyéndose en la guía ética e intelectual de la Nación. Es decir, no sólo debía formar profesionales sino, sobre todo, intelectuales que organizaran la dirección política y espiritual de la sociedad. Como lo señala Gabriel del Mazo: “La reforma acusa y reclama que la inteligencia nacional asuma su función ética sin la cual nada vale y mucho cuesta” (26).

Como se advierte, se trata de un debate que sigue tan vigente en el siglo XXI como lo era en 1918. Lo refleja el título de un artículo en el que

---

(24) Ingenieros, J. “La universidad del Porvenir”, en *Obras completas*, t. VI, Buenos Aires: Ediciones Mar Océano, 1961.

(25) Korn, A. “La Reforma Universitaria”, en *El Argentino*, La Plata, 1919 (reproducido en nota al pie N° 22).

(26) Del Mazo, G. *Reforma Universitaria y cultura nacional*, Buenos Aires: Raigal, 1955.

plantee las alternativas que deberían constituir hoy el núcleo de la reflexión acerca de la universidad: “Universidad: ¿empresa de servicios o ciudad intelectual libre? (27)”. Ese debate es aun previo al análisis de las cuestiones instrumentales que son las que con mayor frecuencia nos ocupan y algunas de las que fueron someramente comentadas más arriba.

Toda decisión que se adopte en materia universitaria reflejará una concepción acerca del papel social que le cabe a la institución. Distinta será, por ejemplo, la estructura de una universidad que piensa que su función esencial es la de formar profesionales o la de otra que crea que, además, debe comprometerse en la investigación científica. Muy diferentes serán las consecuencias de pensar que la universidad constituye una experiencia cultural, una instancia única que permite a los jóvenes adquirir una visión singular del mundo o que, en cambio, se trata de un instituto de entrenamiento de técnicos, más o menos eficientes. Pensar que la educación universitaria constituye un beneficio exclusivo para quien lo recibe o que, en cambio, es la sociedad toda la que progresa con la elevación cultural de su gente, generará actitudes muy diferentes ante los problemas vinculados al sostenimiento económico de la educación superior. Asimilar el funcionamiento universitario al de un ámbito de humanización o al de una empresa proveedora de servicios, llevará a conformar instituciones de características diametralmente opuestas.

En mayor o menor medida, todas las mencionadas constituyen funciones de la institución universitaria, pero es preciso advertir que hoy se trata de poner el énfasis en los atributos que apuntan privilegiar la formación profesional, el entrenamiento técnico de los jóvenes, el beneficio individual y el carácter empresarial de la universidad. Si no hacemos un esfuerzo colectivo por volver a plantear los objetivos centrales de la universidad y, sobre todo, si no anticipamos las consecuencias de la conducta que asumamos en el presente, contaremos, en el mejor de los casos, con buenas academias de formación técnica pero, en el camino, corremos el serio riesgo de perder lo que hasta ahora hemos conocido como universidad.

---

(27) Jaim Etcheverry, G.: “Universidad, ¿empresa de servicios o ciudad intelectual libre”, en *Revista Escenarios Alternativos*, año 5, N° 12, primavera de 2001.

## Una visión del mundo

Como se ha comentado, los reformistas de 1918 ya advertían que la universidad debe preocuparse por formar intelectuales con la capacidad de organizar la dirección política y espiritual de la sociedad. Se trata de una propuesta clave, de una aspiración que, lamentablemente, la universidad argentina aun no ha logrado concretar.

Para ser tal, una universidad debería tener como objetivo central el de entregar a quienes pasan por ella una visión del mundo o, al menos, las herramientas intelectuales que les permitan construirla. Esa aspiración, que la universidad pocas veces explicita, debería constituir nada menos que el núcleo central en torno al cual girara toda su actividad.

Es frecuente asistir a la discusión acerca de la función social de la universidad. Algunos sostienen que la institución debe adaptarse a la sociedad, otros que esta debe hacerlo a la universidad. Aunque parezcan contrapuestas, estas concepciones son complementarias. No solo es preciso modernizar la cultura, sino también culturizar la modernidad. La universidad tiene la función de cultivar ciertos valores que le son propios y la obligación de proponerlos hacia ese afuera de donde recibe, año tras año, la poderosa y renovada influencia que representan los jóvenes y que la marca en todas sus actividades. La universidad aislada es ya un mito del pasado, un mero recurso discursivo.

Es tal vez importante advertir que la universidad es una creación esencialmente europea que surgió como expresión formal de la convicción acerca de la primacía de la idea. La universidad es el lugar de las ideas, el sitio donde se concreta el poder institucionalizado de la idea. Frente al poder político y al religioso, la universidad surge como el espacio de la idea libre. Esta concepción estaba claramente presente en las manifestaciones de los estudiantes de 1918 quienes así retomaban la tradición de las primeras universidades que conoció Europa. Pero, al ir perdiéndose la trascendencia social de las ideas, la universidad ha ido decayendo como espacio que las representa. Como vivimos en un mundo que cada día es más de cosas que de ideas, posiblemente una de las funciones que justifique la existencia de la universidad sea el seguir constituyendo ese espacio del respeto por la idea.

Ya en 1928, el peruano José Carlos Mariátegui señalaba:

*El movimiento de la reforma tenía lógicamente que atacar, ante todo, la estratificación conservadora de las universidades. La provisión arbitraria de las cátedras, el mantenimiento de profesores ineptos, la exclusión de la enseñanza de los intelectuales independientes y renovadores, se presentaban claramente como simples consecuencias de la docencia oligárquica. El estudiantado insurgente comenzó a comprender que el carácter oligárquico de la docencia y la burocratización y estancamiento de la enseñanza eran dos aspectos del mismo problema. Las nuestras han sido universidades de técnicos. Siguen siéndolo aún. ¿Y qué? Si la universidad, antes que ese invernáculo de cultura humanista que creyó ser la "universidad" tradicional, es ahora el lugar donde han de ir a resolverse en última instancia los problemas de la técnica, la universidad está demostrando, con ellos mismos, que se sitúa en el único plano de progreso válido para el régimen capitalista, que es el plano de fomento técnico en relación con las necesidades de la industria. Resulta visible que el programa democrático de la reforma alude a las conexiones entre la sociedad y la cultura (28).*

Efectivamente, la amenaza externa de la universidad actual sigue estando representada por la tentación de cosificarse, de convertirse en residencia exclusiva del mundo de las cosas, renunciando a esa misión de ser espacio de la idea, a perder esas "conexiones entre la sociedad y la cultura". Signos de ese peligro son las características actuales de la formación, la especialización precoz, el desinterés por todo aquello que no sea considerado económicamente útil. Enfrentamos el peligro de mimetizarnos con los valores que prevalecen en el conjunto social, "el plano del fomento técnico" al que se refiere Mariátegui. Contribuiría a evitarlo el no perder de vista nuestra responsabilidad volviendo la mirada a la misión originaria de la universidad: proporcionar a las nuevas generaciones una brújula, una visión del mundo. Aunque resulta evidente que la universidad también cumple la función de entrenar a las personas para hacer cosas concretas, debería privilegiar el dotarlas de esa visión. Eso se logra en el campo de las ideas, que es bien concreto según lo ha demostrado la historia, convirtiendo a la ins-

---

(28) Mariátegui, J. C. "El proceso de la instrucción pública", en *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, 1928.

titución en un espacio en el cual se priorice la discusión, en un ámbito que acepte su manifiesto destino contracultural. Lo ha expresado Lee Bollinger, presidente de la Universidad de Columbia en los Estados Unidos.

*Con todas las presiones que tienden a cerrar nuestras mentes y que provienen del conflicto en la escena pública, no es una mala idea contar con comunidades especiales, como las universidades, claramente dedicadas al intelecto libre* (29).

Cuando queremos identificar las palancas del cambio social sobre las que puede operar la universidad, no deberemos mirar muy lejos. Bastará con volvernos hacia las aulas, los laboratorios, las bibliotecas. El escenario de ese cambio posible está allí: es la mente de nuestros jóvenes que los ocupan. Es a ellos a quienes la universidad debería proporcionarles las herramientas intelectuales que les permitan trascender el mundo de inmediatez en el que vivimos. Nos hemos ido acostumbrando a desplazarnos entre acontecimientos y cosas sin ser capaces de insertarlas en un contexto que les otorgue significado. Si alguna contribución original tal vez pueda hacer la universidad al pensamiento contemporáneo es, precisamente, la de brindar ese marco que permita la generalización así como la comprensión de la globalidad que está presente en todos los problemas que enfrenta hoy el ser humano, desde su misma naturaleza hasta la del mundo que lo rodea. En ese sentido, tal vez la estructura actual de la universidad haga bastante difícil el poder transmitir a nuestros jóvenes esa visión globalizadora que hoy, aunque seriamente desprestigiada, resulta más imprescindible que nunca.

Estamos recorriendo un camino que, privilegiando una injustificada y excesiva parcelación del conocimiento, nos conduce a contar con menos personas capaces de articular una visión general que les permita asociar acontecimientos y realidades distantes. Precisamente, es en esa capacidad de descubrir la argamasa que vincula los hechos de la realidad donde reside lo esencial de la universidad. Es esa experiencia la que estamos escamoteando hoy a nuestros jóvenes.

Deberíamos hacer el esfuerzo de reconsiderar estas ideas para intentar reencauzar a la universidad. La dinámica del acceso al conocimiento ha

---

(29) Bollinger, L. "The idea of a University", en *The Wall Street Journal*, New York, October 15, 2003.

tenido a separar cuando, en realidad, resulta imperioso recrear una estrategia de la unión, regresar a la concepción de que el pensamiento es lo que une. De allí que se adviertan como peligros a la exagerada especialización precoz y al excesivo condicionamiento de la universidad a todo lo que es mutable y que sucede en su exterior.

Para ello, posiblemente nuestras instituciones de educación superior deberían asumir la necesidad de crear una estructura conceptual que permita comprender el mundo. Si se quiere más conservadora, en el sentido de proponerse transmitir a los jóvenes esa orientación en el mundo independientemente de que lo hagan empleando herramientas modernas. Hoy nos planteamos la necesidad de formar personas que saben, mejor o peor, hacer cosas, desempeñarse en el mundo práctico. Pero los lanzamos a él con escasas herramientas para comprender y analizar críticamente la realidad actual, tan compleja y velozmente cambiante. Esa comprensión resulta imprescindible para la acción transformadora. Para ello es preciso tener el coraje de volver a enseñar.

En su Manifiesto, los reformistas de 1918 señalaban que

*Las universidades han llegado a ser así fiel reflejo de estas sociedades decadentes que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad senil. Por eso es que la ciencia frente a estas casas mudas y cerradas, pasa silenciosa o entra mutilada y grotesca al servicio burocrático.*

¿No se podrían aplicar estos juicios demoledores también a nuestra situación actual? Si las generaciones actuales no estuvieran aletargadas por el entretenimiento permanente, ¿no nos deberían reclamar una preocupación por su formación como personas críticas que hoy no demostramos? ¿Cómo se puede afirmar que la transmisión de un conocimiento amplio y de la cultura no son tareas cruciales de la universidad sin comprender que esta deserción supone el retorno inevitable de los privilegios? Esta actitud deja a la sociedad exterior la sanción despiadada de las desigualdades. Esto fue claramente advertido por muchos teóricos marxistas, entre ellos por Antonio Gramsci quien sostuvo que el progresismo político requiere una actitud conservadora en la educación. Decía en 1932:

*El nuevo concepto de la educación está en su etapa romántica en la que el reemplazo de los métodos 'mecánicos' por los 'naturales'*

*ha sido imprudentemente exagerado... Al menos antes los alumnos adquirirían un cierto equipaje de conocimientos concretos. Ahora ya no habrá equipaje alguno para ordenar... El efecto más paradójico es que este tipo de escuela es promovido como democrático, mientras que, en realidad, no sólo está destinado a perpetuar diferencias sociales sino a cristalizarlas (30).*

Risieri Frondizi expresaba a este respecto:

*La universidad latinoamericana es estéril porque no ha logrado aún el maridaje de la ciencia y la técnica con las necesidades del país. No solo la institución es estéril, sino que sus profesores, salvo escasas excepciones, no engendran hijos –discípulos– capaces de mantener la continuidad del saber, sino profesionales sin conciencia ni responsabilidad social, apresurados por lograr los réditos del esfuerzo realizado en la etapa estudiantil (31).*

Concretar este propósito no es tarea sencilla en nuestras universidades tradicionales, atravesadas desde su origen por el conflicto que les plantea su misma naturaleza. Testimonio de ese conflicto es la expresión del rector Ricardo Rojas al finalizar su mandato al frente de la Universidad de Buenos Aires en 1930 cuando decía:

*Una de las ideas centrales de la presente evolución universitaria es la de integrar el móvil egoísta, utilitario y técnico de las profesiones por el altruista, desinteresado y filosófico de la cultura. Para ello es necesario afianzar la supremacía institucional del Consejo Superior y del rector y adaptar la función universitaria a las necesidades sociales de nuestra época y de nuestro país (32).*

Ya en 1914 el mismo Rojas había dicho que en Buenos Aires “hay facultades pero no universidad en el sentido científico de la palabra. Asimismo, se nota que las tendencias utilitarias inherentes a todo profesionalismo,

---

(30) Gramsci, A. *Selections From the Prison Notebooks*, New York: International Publishers, 1971.

(31) Frondizi, R., *op. cit.*, 2005.

(32) Rojas, R. *Discursos del rector don Ricardo Rojas: actos públicos 1926-1930*, Imprenta de la Universidad de Buenos Aires, 1930.



han obstaculizado en dichas escuelas el ideal de la especulación desinteresada, viniendo cada facultad a convertirse en una oficina más o menos escrupulosa para la expedición de sus diplomas... Bien está que entreguemos al orden político y a la vida material lo que ellos nos imponen para subsistir, pero no debemos limitar a tales fenómenos la visión de nuestra inteligencia” (33).

Ese es el conflicto básico que viene del fondo de nuestra historia institucional y que constituye un desafío aún vigente. Esa imposición para la subsistencia, de la que hablaba Rojas, se ha convertido en la esencia de la institución. La experiencia personal me ha demostrado, con la contundencia de la realidad cotidiana, la enorme dificultad que plantea cualquier acción destinada a encarar esa integración de un cuerpo desmembrado. Impera en los protagonistas un claro espíritu aislacionista, una inocultable defensa de intereses sectoriales. Lo que predomina es la falta de visión de la empresa común que representa la formación de un universitario, cualquiera sea su especialidad. Seguimos estando en deuda con nuestra gente joven porque les brindamos un panorama excesivamente limitado de la realidad, sino de la concreta, al menos de la realidad histórica y cultural del ser humano. Cuando los embarcamos en una formación excesivamente unidimensional, como la que caracteriza a las distintas disciplinas que se han ido enclaustrando peligrosamente, los estamos desheredando, al privarlos de su derecho a apropiarse de un capital de conocimiento que les pertenece. Además, lo hacemos con quienes se ven obligados a tomar una decisión vocacional, desprovistos de elementos y a edades muy precoces.

### **La universidad-empresa y la autonomía**

Desde sus comienzos, la misión trascendente de la universidad ha sido la de promover la autonomía de la conciencia como un modo de resistir la homogeneización cultural, desarrollar la habilidad de problematizar y cuestionar en lugar de aceptar, defender la primacía de la verdad sobre la de la utilidad. Sin embargo, durante las últimas décadas, las poderosas fuerzas sociales que han actuado sobre la institución están transformando radicalmente aquellos objetivos esenciales que eran reivindicados por el movimiento reformista.

---

(33) *Ibidem*.

Como habitamos una cultura que solo reconoce el prestigio de lo nuevo, que privilegia el cambio permanente, que venera el movimiento continuo, aun desconociendo el objetivo hacia el que se avanza e ignorando el pasado del que se proviene, aceptamos sin cuestionarlas esas presiones que amenazan con herir el corazón mismo de la institución.

Ya resulta evidente que la universidad ha soportado una intensa presión sobreadaptativa destinada a adecuar la enseñanza a las demandas económicas, técnicas y administrativas del momento. Como consecuencia, se ha ido reduciendo la formación general y la incorporación a la cultura ha adquirido una posición marginal. Al igual que en la vida del ser humano, en la historia de una institución como la universidad la sobre adaptación a las situaciones del contexto no constituye un signo de vitalidad sino, más bien, un anticipo de senectud y decadencia.

Un análisis similar condujo Edgar Morin a señalar: “El avance del conocimiento ha terminado por romper lo complejo del mundo en fragmentos desunidos, fraccionando los problemas, atrofiando la comprensión, la reflexión y la visión a largo plazo. La actual incapacidad para tratar nuestros problemas más complejos constituye una de las cuestiones más graves que afrontamos” (34). Debido a esta creciente segmentación del saber, la universidad está dejando de ser un ámbito dedicado a las cosas del intelecto. La enseñanza parcializada está terminando por atrofiar la capacidad de contextualizar y de globalizar, cualidades fundamentales del espíritu humano y cuyo ámbito de desarrollo deberían ser, precisamente, las aulas universitarias.

Como se ha dicho, la cuestión central que es preciso plantear en torno a la universidad del futuro es la vinculada con la significación de esa institución para el hombre y la sociedad actuales. Es que, ante la aceleración que han adquirido las transformaciones en todos los campos del quehacer humano, resulta lícito formularse, a propósito de la universidad, interrogantes tales como:

- ¿Debería seguir cumpliendo la función de introducir en la cultura e insertar en problemáticas más amplias a los jóvenes que integrarán la dirigencia del país?

---

(34) Morin, E. “Réformons la pensée”, en *Le monde de l'éducation*, N° 252, octubre 1997.

- ¿Es uno de sus objetivos prioritarios la producción de conocimiento de avanzada?
- ¿Es la universidad una institución destinada a proporcionar formación profesional para satisfacer las demandas de un mercado laboral en transformación?
- ¿De qué manera puede la universidad influir más directamente en la evolución social?

Al responder a estos interrogantes en las próximas décadas –lo hacen de manera implícita cada día aunque no se los formulen– nuestras instituciones universitarias no escapan a la necesidad de evitar hacerlo confiando en que sus graves problemas se resolverán mediante simples apelaciones a la calidad, la excelencia, la personalización, la relevancia para la vida laboral, la globalización, el interés social y, sobre todo, la eficiencia. Estas consignas, que la cultura contemporánea aplica a todas sus organizaciones, en el caso de la tarea educativa escamotean hábilmente la discusión profunda acerca de su esencia y de los sacrificios sociales, personales y económicos que suponen mejorarla.

Edward Shils, sociólogo de la Universidad de Chicago y prestigioso analista de la realidad universitaria, ha identificado las siguientes tendencias sociales contemporáneas que están interfiriendo en la misión histórica de la universidad (35):

- la expansión en su tamaño, proceso comúnmente conocido como “masificación”;
- una demanda creciente para proporcionar servicios públicos;
- la politización de la tarea académica;
- la intromisión creciente de controles gubernamentales;
- la expansión de la administración burocrática;
- la disminución del apoyo económico proporcionado por los gobiernos;

---

(35) Shils, E. *The calling of Education: The Academic Ethic and Other Essays on Higher Education*, University of Chicago Press, 1997.

- las distorsiones generadas por la búsqueda de publicidad;
- la evaluación obsesiva del rendimiento académico por medio de la productividad en materia de investigación;
- la atomización de las universidades en comunidades aisladas;
- la desmoralización de la vida intelectual.

Esto nos lleva a la otra cuestión que considero oportuno analizar y es la vinculada a la siempre conflictiva relación entre la autonomía universitaria –principio defendido vigorosamente por la reforma– y el Estado que sostiene la universidad. Ambas condiciones son esenciales para el buen funcionamiento de las universidades: autonomía y apoyo público.

Sin embargo, el creciente desinterés de los Estados por sus universidades ha hecho que estas se lancen con desesperación a la búsqueda de recursos. En el caso argentino, ese desinterés es manifiesto. Baste para confirmarlo un solo ejemplo. En el presupuesto fiscal 2008, la contribución del Estado argentino al conjunto de las casi 40 universidades nacionales es de 1.782 millones de dólares, mientras que una sola Universidad de México, la UNAM recibe 1.600 millones y una sola del Brasil, la Universidad de San Pablo, recibe 1.100 millones de dólares. La situación adquiere dimensiones aún más graves cuando se comprueba que más de 90% del presupuesto de nuestras universidades se destina al pago de salarios, por otra parte escasos, lo que lleva al deterioro de la estructura edilicia, de bibliotecas y de laboratorios.

Ante esta carencia de apoyo, una de las características que mejor define la situación de la universidad actual es su acelerada incorporación a la lógica empresarial y comercial, la misma que hoy domina todas las esferas del quehacer humano. Se ha instalado con fuerza avasalladora la concepción que sostiene que, para justificar su existencia, resulta imprescindible que la universidad exhiba resultados mensurables y, sobre todo, que puedan ser objeto de comercio. De allí que se apliquen a la institución y a sus “productos”, los mismos criterios con los que se juzga la productividad y la eficiencia de las empresas que comercializan bienes, en este caso la educación, transformada en uno más entre los bienes que se compran y venden.

Esto lleva a emprender evaluaciones de todo tipo para justificar la existencia de la universidad ante los “clientes”. Para demostrar la eficacia institucional se establecen complejas relaciones entre la inversión y los supuestos “productos”. Esta lógica empresarial ha conquistado de manera acelerada un territorio que, hasta no hace mucho, respondía a valores culturales y académicos y no a los puramente materiales y comerciales. Parecería no advertirse que resulta imposible aplicar la lógica de las empresas a un producto tan difícil de definir como un estudiante educado, un avance científico, un conocimiento socialmente relevante. No es tarea sencilla distinguir entre la educación y su certificación, entre pensar y almacenar información, entre producir conocimiento y simplemente consumirlo.

En su libro *La universidad en ruinas*, el malogrado Bill Readings destaca que

*las universidades se están transformando en corporaciones transnacionales en las que la idea de la cultura está siendo reemplazada por el discurso de la “excelencia”. Si bien, a primera vista, esta mutación no impresiona como peligrosa, deberíamos ser cautos en adherir rápidamente a este enfoque tecno-burocrático. Esta nueva “Universidad de la Excelencia” es, en realidad, una corporación movida por las fuerzas del mercado y, como tal, está más interesada en los márgenes de beneficio que en el pensamiento (36).*

Concuera David Kirp, en su artículo “La nueva U” cuando, a propósito de la universidad estadounidense, afirma:

*Mientras el público dormitaba, las universidades de los EE.UU. han estado muy ocupadas reinventándose a sí mismas. En apenas una generación, la ética familiar de los valores académicos –basada en la concepción que la misión central de las universidades es producir y transmitir conocimientos– ha sido desplazada por los valores ligados a la gratificación inmediata que caracterizan al mercado... Ha desaparecido el compromiso de mantener una comunidad de académicos, una ciudad intelectual libre para enfrentar de manera crítica al pensamiento que prevalece en un*

---

(36) Readings, B. *The University in Ruins*, Cambridge MA: Harvard University Press, 1996.

*momento dado. La “Era del Dinero” ha terminado por reformular el territorio de la educación superior (37).*

El análisis de cualquier aspecto de la actividad universitaria actual descubre ese tránsito acelerado hacia la más cruda comercialización. Como se ha señalado, al disminuir el apoyo de los Estados, las universidades se ven forzadas y estimuladas a buscar el de las empresas. Eso las lleva a intentar “venderse” de una manera atractiva para las corporaciones, insistiendo en la “relevancia económica” que tiene la tarea que en ellas se lleva a cabo. Con frecuencia se termina por realizar investigaciones que son importantes para esos negocios a los que, no pocas veces, se les otorga derechos prioritarios sobre las eventuales patentes que resultan de esas investigaciones.

Desesperadas por conseguir fondos, las universidades estructuran carreras y cursos pensando en satisfacer las “necesidades de la empresa” o de un supuesto mercado que lleva a formular propuestas docentes que rozan el grotresco. De este modo terminan imponiéndose los criterios de la gestión empresarial por sobre las actividades propias de la universidad. La capacidad de gestión no es considerada como la habilidad de proponer y concretar un proyecto adecuado para una institución académica sino como la capacidad de conseguir fondos para la “empresa universitaria”, recursos que, no pocas veces, tienen en nuestro medio un destino alejado de las funciones de la universidad.

Se afirma la tendencia a establecer la calidad de los docentes con base en su “productividad”. Esta visión ha hecho surgir estructuras burocráticas de control propias de la “universidad empresa” aunque absurdas para la “universidad cultural”. Al desarrollo y mantenimiento de esas estructuras se asignan fondos que, no pocas veces, superan a los que reciben las tareas consideradas hasta ahora como razón de ser de la universidad.

El supuesto interés de los estudiantes, convertidos en clientes todopoderosos, está ejerciendo una influencia decisiva sobre la orientación de la labor universitaria. De esta manera, la universidad se convierte en un servicio más en la era de los servicios y se aleja velozmente de aquella ideal comunidad de estudiosos reunidos en busca de la verdad. Una más entre las empresas, la universidad actual, pública pero con sectores anárquica y

---

(37) Kirp, D. L. “The New U”, en *The Nation*, April 17, 2000.

crecimiento privatizados, persigue como principal objetivo la satisfacción de sus “clientes”, alumnos, potenciales proveedores de fondos sin olvidar al círculo que rodea a los administradores de los recursos.

Al entrar en el ocaso la idea de que la sociedad toda progresa debido a la elevación de su nivel cultural, es lógico que se piense que quien ahora se concibe como beneficiario exclusivo, el alumno, afronte el pago de sus estudios. De la tradición de la educación como poderosa inversión social, hemos pasado a la concepción de que se trata de un beneficio personal. Esto hace que la contribución del Estado a la educación universitaria sea vista como un factor generador de desigualdades, concepción que se acentúa en períodos de grandes restricciones de fondos que afectan a las inversiones sociales.

En una etapa de programado descrédito de lo público, la universidad de gestión estatal corre el riesgo de convertirse en “universidad de segunda” en un contexto en el que tampoco la gestión privada está dispuesta a realizar las inversiones necesarias para conformar instituciones de “primera”. Puede llegar a operarse, a propósito de la educación universitaria, el mismo fenómeno que ha llevado al desprestigio de la educación básica y media de gestión estatal. Sin embargo, los resultados globales de las evaluaciones de calidad educativa realizadas hasta ahora, de ninguna manera sustentan esa pretendida superioridad de la educación de gestión privada.

En la nueva realidad creada por la constelación de altisonantes términos de moda, que adoptamos casi sin análisis, se destaca nítidamente la apelación a la “salida laboral”. Si bien la inserción de los jóvenes en el mundo del trabajo constituye un objetivo importante de la educación, no debemos perder de vista que las grandes universidades del mundo pretenden formar “personas” completas, integrantes de una dirigencia social que comparta una visión de la complejidad de ese mundo. Lo hacen proporcionando a sus alumnos las herramientas intelectuales apropiadas para comprender los grandes cambios que hoy se producen velozmente y para intentar encauzar el destino social. Son esas cualidades, por otra parte, las que permiten que esos alumnos trabajen.

Una rápida mirada a nuestro alrededor confirma que al impulso de la “ola modernizadora”, las tendencias brevemente reseñadas se instalan velozmente entre nosotros. En líneas generales, se puede afirmar que predo-

mina una actitud que impulsa a las universidades a rediseñar sus productos, presentarlos y venderlos de acuerdo con las prioridades cambiantes de los consumidores, sin descuidar los intereses propios de quienes promueven esa tarea de comercialización. Se está subvirtiendo la convicción de que “las universidades existen para crear y mantener con vida ideas que pueden no estar de moda y que tal vez nunca lleguen a ser populares, logrando mediante la educación, que otras personas comprendan cómo y por qué se trata de visiones importantes”, como afirma Hanna Holborn Gray (38).

*Las universidades son muy criticadas en la actualidad por el gobierno, por los funcionarios internacionales, por los expertos en educación, por el periodismo, etc. Existen numerosas razones para estas denuncias, algunas apropiadas, pero muchas altamente cuestionables. Las universidades requieren sumas inmensas de dinero, sus logros no pueden ser medidos de ninguna manera clara y confiable, son muchos quienes en ellas fracasan y, sin duda, no proponen las soluciones a los problemas sociales y económicos que algunos esperan de ellos. Sin embargo, las sociedades siguen aferradas a las universidades. Ellas no sobreviven sólo porque los profesores tengan un interés particular en que lo hagan... Con eso no basta. Estas sociedades se aferran a sus universidades porque, en último análisis, constituyen su mejor esperanza de transfigurar su existencia... (39).*

Es un eco de lo que hace casi un siglo dijo José Ingenieros en su frase ya citada:

*La misión de la universidad consiste en fijar principios, direcciones, ideales, que permitan organizar la cultura superior al servicio de la sociedad(40).*

Hoy vemos debilitarse rápidamente esa esperanza porque la cultura universitaria tradicional, caracterizada por un singular sentido de comunidad de intereses intelectuales, ha sido invadida, desorganizada y reconfigurada

---

(38) Gray, H. “The Higher Learning and the New Consumerism”, en *American Enterprise Institute for Public Policy Research*, Washington DC, 1983.

(39) Shils, *op. cit.*, 1997.

(40) Ingenieros, J., *op. cit.*, 1961.



por el poder brutal del dinero. Escribió el historiador Richard Hofstadter citado por Press y Washburn en su artículo “La universidad cautiva”.

*Se justifica culposamente a la educación como un instrumento útil para lograr otros fines: es buena para los negocios o para las carreras profesionales. Rara vez alguien dice que es buena para el hombre* (41).

Muchos de los conflictos que conmueven a nuestras universidades reconocen, en su raíz, intereses económicos de los protagonistas. El debate sobre los temas académicos huye velozmente de los órganos del gobierno universitario que se ocupan casi exclusivamente de distribuir los escasos fondos y de vigilar el reparto de los “espacios” de un poder ilusorio.

Esto explica que “las universidades estén cambiando hasta volverse irreconocibles”, como dice Shils(42). Es evidente que, de continuar evolucionando en esta dirección, a las instituciones que conocíamos como universidades, de tales solo les quedará el nombre. No está lejano el día en el que dejen de cultivar e inculcar los estándares morales e intelectuales necesarios para mantener la cohesión social así como las aptitudes imprescindibles para la creación de nuevos conocimientos. Crecientemente cesarán de ocuparse de problemas fundamentales exclusivamente por su interés intrínseco. La curiosidad humana, que es la que impulsa la búsqueda de lo desconocido y al hacerlo, contribuye a resolver los problemas concretos que enfrentamos, huirá de las aulas-fábrica, perseguida como un extraño fantasma que habitaba una mansión del pasado.

### **El ejemplo de los maestros**

En el *Manifiesto Liminar* se afirma:

*Si no existe una vinculación espiritual entre el que enseña y el que aprende, toda enseñanza es hostil y por consiguiente infecunda. Toda la educación es una larga obra de amor a los que aprende.*

---

(41) Press, E., Washburn, J., “The Kept University”, *The Atlantic Monthly*, 285:39, March 2000.

(42) Shils, *op. cit.*, 1997.

Muchas otras manifestaciones de aquellas jornadas también se centran en la calidad de los profesores, que constituyen uno de los elementos primordiales para caracterizar a una universidad. No es casual que las universidades se hayan originado hace más de un milenio a partir de la reunión de personas interesadas en torno de quienes ellas consideraban modelos de conocimiento y de vida. Como decía Alfonso el Sabio en *Las Siete Partidas*, hablando de los estudios generales, equivalentes a la actual universidad, se trata de un “ayuntamiento de maestros et de escolares que es fecho en algún lugar con voluntad et con entendimiento de aprender los saberes” (43).

Por eso, el principal factor para tener una buena universidad es contar con buenos profesores. Porque el objetivo central de una universidad que pretende ser importante es que sus alumnos entren en contacto directo con personas excepcionales. Que las vean, las escuchen, las sientan pensar. Se trata de una cuestión de proximidad, de la vista y del oído. Como afirma George Steiner, “el académico, el profesor significativo debe ser fácilmente visible. El alumno debe poder cruzarlo varias veces en su camino diario” (44). La consecuencia, como en la polis de Pericles, la Bolonia medieval o Tübingen del siglo XIX, es lo que Steiner llama “la contaminación acumulativa”. Es esa contigüidad la que hace que el estudiante o el joven investigador puedan llegar a ser irremisiblemente contaminados. Que adquieran así el aroma de la cosa real. Los pensadores, los eruditos, los matemáticos, los científicos teóricos o los de la naturaleza, son seres poseídos. Es en la masa crítica de una comunidad académica exitosa donde se entrecruzan las órbitas de todas esas extrañas obsesiones individuales que, como la historia lo indica, terminan ejerciendo una poderosa influencia sobre la realidad social. En el campo que generan esas mentes es donde el joven queda atrapado por la singular fascinación del pensar, como brillantemente afirma Steiner.

Una vez que los jóvenes han sido poseídos por el virus de lo absoluto, una vez que han visto, oído, hasta olido la fiebre y el fervor de aquellos que buscan desinteresadamente la verdad, persistirá en ellos algo de ese res-

---

(43) Jaim Etcheverry, G. Discurso de asunción al rectorado de la Universidad de Buenos Aires, mayo de 2002.

(44) Steiner, G. *El examen de una vida*, Madrid: Siruela, 1999.

plandor singular. Por el resto de sus vidas o de sus carreras, en la mayor parte de los casos, rutinarias y poco distinguidas, esas personas llevarán dentro de sí alguna defensa contra el vacío interior. ¿Cómo lograrán contabilizar nuestros pragmáticos burócratas contemporáneos esa experiencia?

¿Es posible ofrecer a los estudiantes de hoy estas alternativas para su desarrollo personal? En las condiciones actuales del mundo, y en particular en las de nuestra sociedad, no resulta fácil ser optimista. Siendo generoso, podría afirmarse que son muy pocas las comunidades universitarias locales que brindan a sus alumnos la ocasión de compartir la experiencia de pensar junto a sus profesores, esa experiencia que como pretende Steiner, logre inmunizarlos contra el vacío interior.

### **Renovar la reforma**

¿Cómo actuar para evitar la desintegración final de las universidades que conocimos y cuya tarea cultural sigue siendo imprescindible? Tal vez la única alternativa consista en lograr que estén alertas ante estas amenazas que sobre ellas se ciernen para que intenten salvar su razón misma de ser, su propia alma. Esta es una tarea indelegable de los académicos, que deberíamos resistirnos más combativamente a esta creciente presión por justificar la creación y la transmisión de conocimientos en términos exclusivos de su valor económico. Resulta alarmante que aceptemos tan fácilmente concepciones que se proponen, nada menos, que acabar con las tareas de enseñar y aprender, esencias de lo humano y promotoras del cambio social.

Lo ha expresado muy acertadamente Lee Bollinger, al referirse a las razones de la permanencia de la institución universitaria al cabo de un milenio:

*Son muchas las razones por las que las universidades han resistido la prueba del tiempo pero unas pocas son fundamentales. La más importante es el propósito al que sirven. Las universidades siguen teniendo sentido porque responden a la más profunda de las necesidades humanas, al deseo de comprender y de explicar ese saber a los demás. Una curiosidad vivía unida a una preocupación acerca de los otros (la esencia de lo que llamamos humanismo), constituye un impulso humano simple e inextinguible, sin duda un elemento de la naturaleza humana tan profundo*

*como los intereses más corrientemente citados de la propiedad o el poder, en torno a los que organizamos los sistemas políticos y económicos* (45).

Es preciso emprender un esfuerzo destinado a convencer a la sociedad de que la educación representa esos valores propios y que no es solo la clave de valores económicos. Deberíamos empeñarnos en fomentar en el seno de nuestra propia sociedad el desarrollo de un clima cultural, hoy inexistente, que nos permita contar con una universidad que merezca el nombre de tal. Si conseguimos volver a la idea de que la educación pertenece a la esfera del *ser* y no a la del *tener*, podremos revertir la tendencia actual que busca convertir a la educación superior en un sector del mercado de bienes y servicios.

Así como una nación “es” más que lo que produce, la tarea de la universidad no debería medirse solamente por el *debe* y el *haber* de sus graduados. Una buena universidad es la que ejerce una influencia cultural decisiva en la vida de su sociedad. La acción de las modernas elites burocráticas, que están tomando aceleradamente el control de todas las actividades humanas –incluyendo las educativas, científicas y culturales– amenaza con dejar exánimes a nuestras débiles instituciones mediante la aplicación de criterios que poco tienen que ver con nuestras realidades y tradiciones. En nombre de la globalización, avanza aceleradamente el proyecto de generar entre nosotros “MacUniversidades” o “Universidades S.A.”

Para cambiar este estado de cosas, resulta imperioso rediscutir la idea de universidad. Aclarar a la sociedad para qué le sirve esa institución. Decidir si lo que queremos es contar exclusivamente con academias profesionales que enseñen mejor o peor un saber determinado o si nos interesa tener al menos algunos de esos complejos organismos sociales, conocidos hasta ahora como universidades, que, además, transmitan los elementos esenciales que hacen que el hombre sea más completo, más “humano”, que tenga esa “visión del mundo” lograda mediante la culturización de una modernidad que hoy exhibe no pocos signos de barbarie. Muchos responsables de la vida universitaria parecen encaminarse alegremente a recibir esa calificación.

---

(45) Bollinger, *op. cit.*, 2003.

## Volviendo a Edgar Morin:

*La reforma del pensamiento es una misión social clave: formar ciudadanos capaces de afrontar su tiempo. Esto permitirá frenar el menoscabo democrático que suscita en todos los campos de la política, la expansión de la autoridad de los expertos, especialistas de todo orden, que estrecha progresivamente la competencia de los ciudadanos. De allí que la reforma de la universidad tenga un objetivo vital: la reforma del pensamiento que permitirá el pleno empleo de la inteligencia y la unión de las culturas disociadas cuya separación las empobrece: la cultura de las humanidades que alimenta la inteligencia general y la cultura científica, que aporta los nuevos conocimientos. Un modo de pensamiento capaz de religar y de solidarizar los conocimientos separados o desunidos se prolonga en una ética de la ligazón y de la solidaridad. La reforma del pensamiento tendrá, por eso, consecuencias éticas y cívicas. Para reencontrarse, la universidad debe mirar hacia atrás. Así se inscribirá más profundamente en su misión transecular y, asumiendo el pasado cultural, podrá avanzar el nuevo milenio a civilizar (46).*

De cómo transitemos por la riesgosa cornisa que supone enfrentar la necesidad de modernizar a la universidad depende no sólo el destino de la educación superior argentina sino también la supervivencia de nuestra amenazada cultura; transitando, entonces, sin adherir ciegamente a los criterios eficientistas del mercantilismo predominante o a consignas vacías de significado, sin compartir el desprestigio suicida de lo público al que nos quieren sumar mediante las loas –muchas veces injustificadas de lo privado– y, sobre todo, sin dejarnos tentar por las expresiones huecas y grandilocuentes, hoy tan en boga.

## Perspectivas de futuro

En síntesis, aunque en la relación de la universidad con la sociedad se reconozcan determinantes sumamente complejos, hay que resistirse a las tendencias que ganan hoy espacio porque están fundamentalmente impulsadas por los condicionamientos económicos del mercado. Es preciso com-

---

(46) Morin, E. *op. cit.*, 1997.

batir –en los hechos que observan los jóvenes y no en el discurso que no escuchan– la idea de que la universidad tiene que ser una parte más de ese mercado y que su único destino es aceptar dócilmente sus valores. No sólo estrecharemos la concepción que del mundo se forman los jóvenes, sino que nos quedaremos sin ámbito para analizar críticamente la situación de ese mundo. Si los jóvenes no adquieren experiencia en el análisis crítico, en la percepción de lo que hoy sucede –experiencia que pareciera que sólo puede dar una universidad que sea tal y no la suerte de academia profesional en que se está convirtiendo entre nosotros– corremos el riesgo de perder nuestras reservas de capacidad y calidad humanas, esenciales para el análisis crítico de nuestra injusta realidad y, sobre todo, para modificarla.

De convertir a todas nuestras instituciones de educación superior en espejo de lo que reclama el mercado, con el propósito de formar sin discutir lo que buscan las empresas, o lo que creemos que buscan, cometeríamos un grave error. No deberíamos perder de vista que estamos formando personas que, sin duda, además deben poder conseguir empleo. Pero, en primer lugar, personas. La universidad no debería abandonar su objetivo de constituirse en el ámbito de creación de conocimiento aplicado a la formación de personas, a quienes a través de esa actividad creativa y original se las expone a otros modelos de pensamientos. Una experiencia que no puede ser fácilmente reemplazada por las computadoras o por las redes de la información o por la incoherente jerga tecnocrática que nos envuelve. Estas jamás sustituirán al impacto que causa ver a la gente pensar delante de uno. Nada menos que eso es lo que hacen los maestros, lo que ha preservado la universidad durante tantos años y debería seguir haciéndolo en el futuro. En esa humilde experiencia reside una de las pocas esperanzas de la humanidad. La esperanza de despertar a las nuevas generaciones del sueño estupidizante al que los impulsa el omnipresente espectáculo.

En reiteradas ocasiones he recurrido para resumir la visión de la universidad a este párrafo en el que la escritora mexicana Ángeles Mastretta recuerda su paso por las aulas:

*La bendita universidad dio para todo. Dio para entender el amor y la barbarie, para una sorpresa tras otra, para descuartizar la fe de un monje y concebir la de un pagano. Dio para crear villanos y para reconstruir héroes y dio, es de esperar que siga dando, gente empeñada en pensar la verdad como una mezcla de verdades, el*

*acuerdo como una consecuencia del respeto, la tolerancia como una virtud, la duda como la más ardua y sensata de las virtudes. Hemos de desear que la vida guarde a tan generosa universidad porque dio para cumplir los sueños que nunca soñamos y para sembrar los que aún no cumplimos* (47).

Finalmente, es la artista quien mejor expresa la idea de la universidad como experiencia esencialmente humana, como una “ciudad intelectual libre”. Es eso lo que imprime en la gente una marca indeleble de por vida. Eso es el sedimento que deja una buena universidad: la reverencia ante el conocimiento, el respeto a quienes piensan y crean, la preocupación por el otro que sufre, el interés por conocer para intentar resolver esas injusticias que nos rodean. Los jóvenes merecen que hagamos cualquier esfuerzo para preservar y transmitirles esa visión de las posibilidades de lo humano que les está escamoteando, irremediablemente, la naciente universidad “empresa de servicios”.

Concretar esa aspiración, que es la esencia de la reforma, no es una tarea sencilla. Lo percibió el propio Deodoro Roca cuando respondiendo en su periódico *Flecha* al cuestionario sobre las consecuencias de aquel movimiento, afirmó a propósito de las diferencias entre el profesor de 1918 y el de 1936: “Es el mismo fósil. Sólo que ahora es más joven. Y sabiendo más, le es más inútil todo lo que sabe” (48).

Por eso, al cabo de casi un siglo, no nos resulta difícil comprender el reclamo de aquellos jóvenes argentinos que sentaron las bases de un movimiento que logró trascender porque respondía a una aspiración universal. Aun sigue haciéndolo, ya que la reforma es todavía un grito juvenil de indignación, una promesa incumplida, un pasado a renovar. Un conjunto de principios en busca de concreción actual. Mantener la fidelidad a las formas, que irremediablemente el tiempo convierte en anacrónicas, puede terminar por contradecir los principios que se buscan sostener.

Confiemos, pues, en que recordar los propósitos de esa gesta, nos ayude a comprender que, en esencia, los mismos problemas –algunos agravados en el devenir histórico– subsisten en las que insistimos en seguir llamando universidades. Hacerlo así es, a la vez, expresar una esperanza.

---

(47) 47 Entrevista a Ángeles Mastretta en revista *Nexos*, N° 226, octubre de 1996.

(48) Roca, D., *op. cit.*, 15 de junio de 1936.